**DE ALGUNOS**

**ESPEJISMOS DE LA HISTORIA VENEZOLANA**

En su libro *Las ideas de los primeros venezolanos*[[1]](#footnote-1)\*, Elías Pino Iturrieta, comenta lo sucedido en la Venezuela recién independizada que se agrupa en torno a José Antonio Páez, el más afortunado de entre todos los militares afortunados de nuestra guerra de Independencia. Los notables que rodean su autoridad, única e indiscutible, creen en un mismo ideal: modernizar al país, cambiarlo. El país nuevo que comienza en 1830, tendrá que hacerse distinto -en todo: política, principios sociales, economía- al país viejo y desaparecido. El gobierno republicano augura que la riqueza nacional crecerá y la prosperidad llegará en la iniciativa y la inteligencia de aquellas individualidades emprendedoras y creativas, capaces de generar, en su justa y sana ambición, el dinamismo y la solidez económica que tanto necesita la nueva república.

Pocos años más tarde, los grupos de notables se han separado: unos, convertidos en liberales; en conservadores, los otros. Los separan las perspectivas con que enfrentan la muy difícil situación del país y, sobre todo, una de las grandes iniciativas económicas del gobierno paecista, la "Ley de Libertad de Contratos". Esta Ley hacía del comercio del dinero la base de la dinamización de la economía y establecía que, en caso de deuda, los bienes de los deudores podrían ser rematados en subasta y adquiridos por los acreedores. O sea: hacía excesivos los privilegios de los prestamistas por sobre los prestatarios. Inicialmente, la Ley fue vista como un mecanismo ideal para conducir el país hacia la prosperidad: ella garantizaría el flujo de capitales privados que apuntalarían la riqueza. Los bancos, con su dinero abundante, sus préstamos y sus créditos, impondrían las reglas de un nuevo juego económico que beneficiaría a todos.

Banqueros y comerciantes lucían como los mejores aliados de la oligarquía conservadora. La autoridad, el Estado, los dejaría obrar libremente. Era un criterio afianzado en el gobierno que una economía libre, sin intervención estatal, fomentaría la riqueza nacional y permitiría a los venezolanos escapar de una vez por todas al viejo espíritu colonial, a esa "mentalidad española" acostumbrada a delegar todos los asuntos en manos de la autoridad civil. Libres, sin paternalistas supervisiones del gobierno, sobrevivirían y crecerían sólo los mejores, los más aptos, los más sagaces. Su riqueza gotearía, lluvia bienhechora y refrescante, sobre el grueso de la población que se vería beneficiada de esa saludable abundancia. Así, los ricos se harían cada vez más ricos y los pobres cada vez menos pobres gracias a la indetenible fuerza del dinero.

Antiguas virtudes del tiempo colonial eran la fe, la fidelidad, el honor, la caridad... Fe en verdades innegables, en el predecible destino de todas las cosas; fidelidad y honor a la palabra empeñada, a la autoridad, a la tradición; caridad que era protección y apoyo al débil, al desamparado. La caridad se asocia a nuestra contemporánea solidaridad y, también, a la fraternidad revolucionaria. Ella es uno de los más importantes legados del cristianismo, esa ética que, a su vez, ha sido uno de los más importantes legados del Occidente. Fe, fidelidad, honor y caridad: todas esas virtudes acentuaron y consolidaron el vínculo social durante los siglos coloniales; dieron a aquel tiempo un sentido; correspondían a valores que la sociedad entera compartía y entendía. Ahora, en el nuevo tiempo republicano, en lugar de esas antiguallas, un solo argumento pasará a prevalecer por sobre todos los otros: el dinero. El se convertirá en signo y en razón de todo. La ley y el Estado estaban, esencialmente, para apoyar a quienes lo tuviesen o para defender a aquéllos que estuviesen en capacidad de producirlo.

El único límite de la libertad del hombre, había dicho John Locke, es la libertad de los otros hombres. El otro se convertía en la frontera exacta, en minucioso horizonte del yo. Más que un prójimo, el otro era un reflejo de las posibilidades del yo. La fundamental regla de juego del nuevo mundo mercantilizado era simple: cada quien podía beneficiarse en la medida en que lo que tuviese o produjese fuera interesante para los otros. La sociedad pasó a medir sus rumbos en una sola verdad: si damos recibimos. Valemos en la medida en que producimos. Somos en la medida en que valemos y valemos estrictamente lo que tenemos. El nuevo motor de la sociedad moderna se llamaba afán de lucro. Comprar barato y vender caro: ganar. Vender bien significaba enriquecerse; hacerlo mal, ruina. El dinero moldeaba las actitudes humanas. El mercado se convertía en espacio final, referencia de todas las prioridades y todos los intereses. El estímulo del dinero movía a los hombres, los hacía actuar y desplazarse en busca de nuevas posibilidades. Mundo como aventura y aventura como riqueza: los viejos vínculos, las viejas creencias se disolvían en la búsqueda de oportunidades, esfuerzos afortunados premiados con dinero. La ley del más fuerte establecía los nuevos hitos de la realidad del hombre. La competencia convertía al mundo en campo de batalla, donde, en pugna de todos contra todos, sobrevivía sólo el interés personal. La bonanza de la mayoría establecía la regla de oro del nuevo juego económico: todo se mueve de acuerdo a los intereses de una mayoría que consume. Los señores del dinero rinden tributo a esa masa compradora, ésta, por su parte, venera a los todopoderosos grandes propietarios: ellos les garantizan su supervivencia y, eventualmente, su felicidad.

Estas nuevas realidades fueron eficaces para permitir a ciertas sociedades occidentales un crecimiento y un desarrollo que el mundo nunca había conocido hasta entonces. Occidente crecía en el egoísmo, en la competencia, en la descarnada lucha de un darwinismo social preconizador de la ley del más fuerte y de la supervivencia de los mejores. Desde luego, no fue nunca ése el caso venezolano. Apenas una década después de haberse puesto en práctica esa Ley de Libertad de Contratos que auspiciaba la libertad económica y el progreso, la situación venezolana era dramática: la economía sufría la desolación de gran cantidad de haciendas arruinadas. El gobierno paecista atribuía las quiebras de los propietarios a su falta de educación en las reglas de juego del dinero. La actitud del gobierno fue siempre la misma: el Estado no debía intervenir en las diferencias económicas entre los particulares. En el natural esfuerzo de todo individuo por superarse económicamente, debía apoyarse el éxito económico del país. La economía -se repetía una y otra vez- poseía vida propia y su fin eran la abundancia y el bienestar colectivos. Tarde o temprano, la riqueza de los de arriba llegaría hasta el pueblo, abajo. Espejismo deformador: nuestras clases altas resultaron muy hábiles a la hora de repetir modos de consumo de las oligarquías europeas, pero fueron absolutamente incapaces de repetir la eficacia productiva de aquéllas. En Venezuela, nunca, ni entonces ni ahora, la riqueza de unos pocos significó o ha significado beneficio para la mayoría. Por el contrario, la riqueza suele mirarse como el premio que la fortuna -aleatoria, errática, eventualmente efímera- reserva para algunos sortarios aventureros. Un insulto que una y otra vez se repite en las acusaciones que los liberales enrostran a la oligarquía conservadora es la de "logrera" (luego, los oligarcas del liberalismo serán tildados con el mismo epíteto). Logrero es el medrador, el vivo, el que sabe acercarse al poder para alcanzar el prestigio que no obtiene ni del trabajo honesto ni de la dignidad del auténtico esfuerzo. Logrero es el militar afortunado que usa el poder político para enriquecerse. Logrero es el banquero que utiliza las leyes para hacerse rico en la indigencia de los deudores arruinados. Logrero es, en fin, el superviviente que aprovecha al máximo el azar de su buena fortuna.

Por casi cien años, una muy débil sociedad civil vivió bajo la autoridad de caudillos apoyados en la fuerza del único poder verdadero: el del ejército. La fachada del país legal y democrático, ocultaba la verdadera faz del país sometido al imperio de la ley del hombre fuerte. El militar afortunado, protagonista de nuestra historia política; el banquero y el comerciante, amigos del caudillo, protagonistas de nuestra historia económica, son los personajes esenciales del anecdotario del poder del siglo XIX en Venezuela, con su fragilidad e ineficacia, con sus miserias y sus interminables conflictos. Después, habría de llegar el turno de los logreros de la riqueza petrolera: medradores, también, y beneficiarios de nuevos rumbos de un itinerario nacional frecuentado, ahora, por la abundancia, la demagogia, el populismo, los grandes virajes de timón y los perpetuos recomienzos.

El sueño de la nación que comenzaba en 1830 ha sido un sueño frustrado por más de ciento sesenta años de historia venezolana. Dinamizar la economía dentro de un sistema de libertad y justicia que permitiese a los más capaces producir más. Sueño irreal: ni el Estado produjo nunca un ambiente de auténtica libertad y justa competencia entre los productores, ni tampoco nuestros hombres de empresa parecieran haber sido capaces, en su gran mayoría, de otra cosa que no fuese la acumulación y el despilfarro. En un libro escrito hace algunos años[[2]](#footnote-2)\*, comenté ciertas peculiaridades de nuestras clases adineradas. Repito aquí lo que dije en él: "La verdad es que la oligarquía financiera venezolana pareciera tener graves dificultades para despojarse de una muy vieja mentalidad 'pulpera': espíritu a la vez dependiente y comerciante. Nuestros capitalistas nacieron a la sombra de la importación y de la usura. Hoy, sus principios son sumamente ambiguos. Su misma condición de clase capitalista lo es. Es lógico que así sea: es una clase que nació y se consolidó en medio de la doble alternativa política de la anarquía o la autocracia. Durante más de un siglo su convivencia con caudillos, frecuentemente impredecibles, fue más que una cuestión de estrategia: era la sola forma posible de subsistencia".

Junto a la riqueza petrolera se modificaron en algo las viejas formas de dependencia de los empresarios ante el poder; ya no era el favor del caudillo, ahora se trataba de cultivar la amistad de los principales partidos políticos. Por eso algunos de nuestros más exitosos banqueros e industriales han logrado sus grandes ganancias gracias, principalmente, a su extraordinaria habilidad para mantener muy cordiales relaciones con Acción Democrática y con Copei, los dos partidos que por más de treinta años lograron ganar todas las elecciones nacionales. Los gastos de inversión de algunos empresarios exitosos incluyen el financiamiento de las campañas políticas y el pago de las distintas formas de promoción de los candidatos con opción ganadora (hay quienes, más previsores, llegan a costear, incluso, las campañas de partidos sin ninguna esperanza de llegar al poder. Por encima de todo, parecieran decirse, se trata de cubrir todos los riesgos, de fortificar todos los frentes).

De la parte del moderno Estado venezolano, éste siempre sintió que una de sus esenciales obligaciones era la de apoyar incondicionalmente a la industria nacional (uno de los legados de las ideologías nacionalistas de casi todos los contemporáneos partidos políticos de nuestros países latinoamericanos). Nuestras industrias se beneficiaron con innumerables medidas "patrióticas": subsidios, aranceles a la importación, condonación de préstamos... En fin, el Estado ayudaba como fuese y al costo que fuese. Hacerlo era hacer patria. Pero, una vez más y como secuela de viejas e indeclinables tradiciones, el Estado parecía tender a beneficiar a aquellos industriales más cercanos al afecto del gobierno de turno (por cierto, a todas éstas, el tan esperado despegue de nuestra economía sigue sin llegar. De hecho todavía lo seguimos esperando. Tal vez hoy más que nunca).

La actual relación entre Estado y empresa privada repite la peculiaridad y la "eficacia" de un estilo que pareciera haber impregnado todos los comportamientos, todas las actitudes de la vida nacional. Estilo tan viejo como el país: amiguismo, compadrazgo, viveza; ciertas frases ilustran bien el signo de ese estilo: "picar adelante", "moverse rápido", "colocarse bien", "pasar agachao"... Muchas de nuestras empresas privadas jamás han sido ni serán nunca mínimamente eficientes, algunos de nuestros principales bancos han sido un modelo universal de ineficacia y corrupción, ciertas de nuestras grandes casas de comercio no son sino fachadas de negociados no del todo claros ni del todo honestos. Directores, dueños y presidentes de compañías, de industrias y de bancos, saben que, mucho más seguro y rentable que hacer bien las cosas o producir mercancías de calidad a buen precio, es apostar a la amistad de los entes gubernamentales. En la cercanía al poder está la riqueza; y en el favor de los políticos, el premio de la ganancia fácil y del éxito. Se trata siempre de lo mismo: ganar dinero rápido, ganar dinero abundante. Por eso la mayoría de nuestros productos lucen crónica y fatalmente incapacitados para competir en los mercados internacionales: no forjaron su calidad ni en la competencia ni en el estímulo de la excelencia; suelen ser el resultado de la fortuna y del favor.

El último gobierno de Carlos Andrés Pérez, según reza la carta de intención firmada con el Fondo Monetario Internacional, se comprometía a hacer de la "inversión privada el eje del proceso de acumulación de capitales". Las medidas económicas del presidente Pérez y sus asesores -libre juego de la economía, liberalización de los precios- incidió en la depauperización de muchos y en el enriquecimiento de pocos. No hubo crecimiento real ni tampoco fortalecimiento de la actividad económica en Venezuela; hubo, eso sí, facilidades de todo tipo para algunos en medio de un ambiente general selvático, asistemático e irreal que hizo que, una vez más, unos pocos se enriquecieran gracias a su astucia. Ambos gobiernos de Carlos Andrés Pérez (1973-1978 y 1989-1993) son un fenómeno histórico digno de estudio. Los dos demostraron que había algo en la figura de ese presidente, en el espacio político generado por él, muy estrechamente identificado -simbólicamente identificado, encarnación casi- a cierta negativa tradición de nuestra imaginería social y política. Barullo, grandilocuencia, despilfarro, apariencia, vociferación... Un estilo, en fin, de ser y de hacer; estilo de la apariencia por sobre la verdad, de la pose por sobre el gesto, de lo fugaz por sobre lo permanente, de lo grandilocuente efímero por sobre lo sobrio y sólido.

Los resultados de las últimas elecciones nacionales que dieron como ganador al veterano político Rafael Caldera[[3]](#footnote-3)\*, resultaron más que asombrosas para observadores internacionales a quienes era difícilmente comprensible el carácter de la alianza nacional agrupada en torno a la figura de Caldera; de la extrema derecha a la extrema izquierda: todo un cosmos de pequeños partidos y organizaciones unidos a favor de una figura que logró captar un fuerte sentido venezolanista. No hubo una presencia ideológica definida en el componente partidista que auspiciaba su candidatura: se impuso la imagen del hombre respetado y respetable. Las elecciones fueron auspiciosas: arrojaron un no rotundo a los partidos tradicionales y a lo que ellos habían significado dentro de la vida política como corrupción y como ineficacia; también significaron un no a la ciega e inhumana razón del mercado. Resultado expresivo: ni cegueras ideológicas ni resentimientos a ultranza; voluntad de mejorar y de reconstruir, fe en la hechura de un país mejor y en la reconquista de un espacio democrático que nos represente, que nos sirva.

El fortalecimiento de la democracia es lo único que podrá permitir a Venezuela salir de la crisis por la que actualmente atraviesa. Pero fortalecimiento democrático significa, sobre todo, terminar con la fatalidad de la injusticia. No hay sistema político que pueda sobrevivir con la mayoría de su población viviendo en condiciones indignas. El éxito de una democracia apoyada en una economía de mercado, supone una visión más humana del desarrollo, una visión en la que lo social y económico se apoyen y refuercen dentro de una misma lógica, en un mismo objetivo de eficiencia, de equidad y solidaridad.

Uno de los mitos de la historia moderna sostiene que el individualismo es la base del progreso de los cuerpos sociales. Ese mito ha asegurado y asegura que unos pocos son capaces de generar la riqueza que beneficiará a todos o, al menos, a la mayoría. Ese mito suele ocultar crueles y, a veces, desapercibidas aristas: egoísmo, inhumanidad, despersonalización, cainismo... En Venezuela, la proclamada eficacia del individualismo ni siquiera tuvo nunca significado real. Su autenticidad pareciera, hoy, apuntar hacia excedentes convertidos en numerosísimos dólares colocados en seguras cuentas bancarias en el exterior. Una alta burguesía, en general carente de todo tipo de sensibilidad social, y un Estado, hasta ahora incapaz de implantar los mecanismos mínimamente eficaces para desarrollársela, han sido dos interlocutores de una retórica que, desde el tiempo de la Independencia, nos aturde con su vociferante urgencia de modernidad.

El designio divino, la voluntad de Dios expresándose a través del éxito y la capacidad de trabajo y ahorro de ciertos individuos, según la creencia calvinista común a muchas sociedades protestantes, nunca se relacionó muy estrechamente con el lujo ocioso y despilfarrador de nuestras criollas oligarquías republicanas. Estas parecieron, incluso, inclinadas a olvidar ciertos valores humanitarios heredados de su propio pasado colonial, viejas tradiciones borradas para siempre y casi con vergüenza. Pienso, especialmente, en una de ellas: la caridad. Con el tiempo republicano venezolano y sus anhelos imitadores del progreso de otros, con sus desesperadas ansias de modernidad a costa de lo que fuese, la caridad fue relegada. Pocos parecieran haberla recordado nunca. La caridad no tiene que ver con las razones del mercado ni con individualismos salvajes y medradores; se asocia a la solidaridad y a la fraternidad. Ella podría convertirse, de hecho, en vivo legado del pasado de nuestra historia; legado que correspondería al Estado rescatar, convirtiéndolo en solidaridad humanitaria, en fraternidad social y en justicia para las desprotegidas mayorías.

 R. F

1. \* Caracas, Monte Ávila editores, 1993 [↑](#footnote-ref-1)
2. \* *El silencio, el ruido, la memoria*, Caracas, ediciones Alfadil y Academia Nacional de la Historia, 1991 [↑](#footnote-ref-2)
3. \* 1994 [↑](#footnote-ref-3)